

Para Iris, *la extraviada*

Tu pequeño cuerpo con delantal de niña colegiala es una fotografía intacta
y apareces en un óleo con la cabeza cortada.
Una sentencia equívoca te preparó como quien vigila el caldero ceremonial:
las armas de tu madre, un tejido de susurros fragmentarios, entrañas maceradas, corazones,
buitres minuciosamente cocinados,
un pacto de familia te inició en el camino desaforado de escritura.
Era imposible reconocer las semillas devoradoras detrás de la puerta de rejas
en aquella quinta de la calle Larrañaga, tu casa siempre
con la obscena sumisión al padre figurado
y caíste en la sombra de tu madre.
Las armas afiladas desde antes, llanto, silencio, inocencia,
para ejecutar el presagio certero plantado en las redes de tu historia.
Un revólver multiplicado en cada pensamiento, cada terror, cada vuelo de sal.
Actas interminables brotaron de tu crimen *para salvarla*.
Las armas de tu madre como telarañas indisolubles.
Y fuiste títere con alma decidora, buceadora entre las lianas.
Iris atrevido, visión partida, iris partido en quebraduras,
iris rojo verde, negro enceguecido, iris del ojo tuerto sujeto de miradas al sesgo.
Iris cuatro detonaciones y cien disparos tus hermanos tu madre.
Iris parricida dislocada
¿Disolución de una figura? ¿O la perpetua permanencia del espectro del silencio?

Tu pequeño cuerpo con delantal de niña colegiala es una fotografía intacta.
Abismo de la palabra para andar tus veinte años herida en la mácula
escribiendo y escribiendo la escritura indescifrable del atroz fantasma omnipresente,
el terco, limón, Lumen, sudores, grito adentro, Iris, delirio blanco para llegar al decir
y no llegar con las partituras perdidas de tu melodía entre cuerdas.
La salvación de la madre fue la premonición del cementerio de alimañas.
Escribe quien no puede hablar, habla quien necesita ser escuchado.
Montevideo pronunció la casa del tormento en una trampa desvariada
y los espectadores extraviaron tus páginas, tu letra, la voz de tu mano andante
veinte años más como si un ángel adorable pudiese borrarte los huracanes subterráneos.
Cada ciudad tiene su propio lenguaje, se alimenta de la gente, las cosas, las texturas
y los pájaros del viento en todas partes bajan a picotear en la carne más tierna.

¿Se mata siempre con la mano, el cuerpo derribado?
Apenas muestras el vórtice de un increíble Iceberg que emergió en un día de diciembre,
¿asombroso?
¿Y la certeza anterior diseñada en la maraña de la mente viuda?
¡Ay, Raymunda! el revólver en el cajón custodiado por tu hija.
Una certeza y la espera.
Iris la elegida, suprimida en el enjambre antes y durante el sitio de las armas.
Antes de que él matara a mi madre
Y señalaron, Iris, tu camino de tierra para seguir después de aquel diciembre del 35.
¿Dormir? ¿Como si nada hubiese ocurrido?

¿Hubo una flor un pájaro un canto en esa casa los veinte años siguientes?
¿Dónde tu pensamiento en cada paso hacia la escuela para enseñar en una arcada
el nombre de tus ancestros?

No fueron los disparos ante las palabras insensatas de tu padre la sustancia de tu abismo.
Sostenías las lágrimas de madre, el terror de tus hermanos,
la acidez de cada noche todas las noches,
el temblor de tus pies para hacer equilibrio en décadas signadas por la muerte.
Fue el desamparo antes y después siempre, dar un paso hacia atrás en el infierno.
Pero la detención del instante en un eco tortuoso veinte años
deformó tu rostro ante el espejo.
Tu lucidez te llevó a buscar lenguajes para una oreja atenta a la locura de tu casa.
Otra caída hacia adentro y adentro: sólo ausencia, la sordidez que instaura un orden aparente.
Detrás de las grietas en 1955 erigieron la jaula necesaria para purgar las lenguas confundidas
del pantano donde los sordomudos se ocultaron en la ciudad de familias limpias.
Extraviada y suprimida.

¿Hubo un perfume amable en esa casa, un jazmín, un pez, una abeja, una hoja verde?
Iris parricida de los ojos abiertos, pequeña rodocrosita entre cangrejos,
extraviaron los cuadernos ante tu anhelo en escritura desbordada,
y tu silueta sobrevoló las playas enmohecidas detrás de los riscos.
Una niña entre rejas suelta pájaros devoradores,
pero ahí no estaban los asesinos sino los locos acribillados por los juegos de la memoria.
La escritura eterniza, detiene el instante, lo planta en fecha y perpetúa el disparo.
¿Lo sabías en tu afán de este hábito enfermo que nos convoca?
El desvarío de papeles sepultados bajo la tierra embebida de la sangre de tu padre,
saliva de jueces y doctores, aquellas líneas paralelas de escritura demencial
es un diamante fabuloso, mi pequeña Iris.
¿Disolución de una figura?
Bajo las aguas congeladas se degradaron tus manuscritos inacabados,
los cuervos en el pastizal putrefacto y el eco de la fiera en el antiguo escenario.
-Yo me quedé en el jardín.

Las máscaras adoptan nombres y confunden, Iris, tu madre Lumen la muerte.
Tu bello rostro es una fotografía intacta.
Apareces en un óleo sobre tela “Iris, la que habla”
medio siglo y arriban a tu puerto buscadores de pequeñas rodocrocitas y plumas antiguas,
nadie te vende, arriban los coleccionistas de alas y las hacendosas costureras de fragmentos
para escucharte y bucear con letras redimidas tu letra derrumbada entre los diarios,
conjeturas, tijeras, almizcle, para trocar víctima y victimario.
Y te pintan junto a un rosal blanco, florecido.